

Los ídolos gritan, Dios calla

RAFAEL AGUIRRE

«Tanto Bush como Sadam Hussein se han encargado de rodear de un halo religioso lo que, en realidad, era una guerra de agresión o una inmolación fanática, según como se mire», dice el autor, que analiza el papel de la religión como instrumento político y de conquista

Debido a unos compromisos académicos he pasado en Francia los días más candentes de la guerra y me ha sorprendido la reiteración y seriedad con que se ha abordado la influencia del factor religioso en el conflicto. Coincidió, además, con el proceso electoral en la comunidad musulmana, que lleva camino de convertirse en la religión más practicada en Francia, en el que por primera vez elegían sus representantes en un Consejo musulmán francés. El jueves 3 de abril el primer ministro, **Raffarin**, se sometió a una larga e implacable entrevista televisiva y el tema apareció extensamente. Como era obligado, hizo una defensa muy neta del carácter laico de la República, para la que todos los ciudadanos son iguales y no permite la interferencia confesional en la vida pública. Pero añadió dos cosas que a mis amigos franceses sorprendieron por su novedad en boca de un gobernante tan destacado de una nación caracterizada por su tradición laicista.

La primera, la afirmación de que las religiones cultivan unas dimensiones espirituales importantes no sólo para los individuos, sino para la República en su conjunto. La segunda, la importancia de que se posibilite el conocimiento del fenómeno religioso en sus distintas versiones para comprender y aceptar las diferentes visiones del mundo que conviven en Francia. Uno de los más distinguidos intelectuales musulmanes franceses, **Mohammed Arkoun**, tomaba pie de estas palabras y comentaba: «Se hubiesen evitado varias guerras posteriores a 1945 si el hecho religioso hubiese sido tomado en serio por los políticos y por los estudiosos de lo que se suelen llamar las ciencias del hombre y de la sociedad».

Ha coincidido además que el 8 de abril se presentó en París el último libro de **R. Debray**, compañero del **Che**, asesor de Mitterrand e intelectual prestigioso, titulado *El fuego sagrado, el factor religioso*. El libro, escrito con la brillantez y capacidad de sugerencia de los ensayistas franceses, no podía ser más oportuno. Debray afirma que «después de dos siglos de leales y sangrientos servicios, la política como religión expira y renace la religión como política». El diagnóstico acierta de pleno para lo mejor y para lo peor. Tanto **Bush** como **Sadam Hussein** se han encargado de rodear de un halo religioso lo que, en realidad, era una guerra de agresión o una inmolación fanática, según como se mire. Misioneros baptistas han acompañado a los *marines* con la aberrante intención de misionar en la tierra conquistada. El Congreso estadounidense votó una jornada de oración y súplica para implorar la ayuda divina. Sadam proclamó la guerra santa contra los enemigos del Islam, prometiendo a los mártires docenas de vírgenes en los jardines verdeantes del paraíso. Reflexionando sobre esto, **Oliver Abel**, pastor protestante y filósofo, afirma que la guerra no es sólo el acontecimiento patógeno por antonomasia, sino también hierógeno. Es decir, la guerra saca a flote lo peor de una sociedad, pero también sus sacralidades, casi siempre espúreas, para así absolutizar la causa por la cual se está dispuesto a morir y, sobre todo, a matar. Cuando Bush habla del imperio del Mal y del frente del Bien no hace ningún análisis político ni geoestratégico, sino que emite un



JESÚS FERRERO

juicio simplista y maniqueo, que oculta la realidad y cultiva la conciencia de pueblo elegido que ha caracterizado a todos los imperios a lo largo de la Historia.

Pero las motivaciones religiosas han sido también un decisivo factor de movilización en contra de esta guerra, a la que se han opuesto casi todas las iglesias cristianas, incluidas las norteamericanas, destacando el valiente papel de **Juan Pablo II**. No voy a justificar ahora lo que, en mi opinión, no ha sido una postura dictada por un pacifismo ingenuo ni, mucho menos, por connivencia con la dictadura de Sadam. Quiero resaltar otro aspecto movido por las festividades cercanas que vamos a celebrar los cristianos.

Hubo tiempos en que las naciones en guerra confiaban en la superioridad de su dios sobre el dios del pueblo rival. Pero las luchas de dioses diferentes pertenecen al pasado. Ahora bajo la invocación de un mismo Dios se entienden realidades distintas y contradictorias. El arzobispo de Múnich tenía buenas relaciones con el régimen nazi mientras su obispo auxiliar era deportado a Dachau. Pero la cosa viene de lejos. **Jesús de Nazaret** murió confesando y confiando en el mismo Dios en cuyo nombre le mataban, por blasfemo, las autoridades religiosas de su pueblo. El creyente no puede eludir la terrible pregunta: ¿cómo se puede hablar de Dios después de Auschwitz? Pero el problema es más radical: ¿qué significa creer en un Dios que permanece en silencio mientras su hijo es asesinado vilmente en el Calvario?

Ciertamente ese Dios no es un principio explicativo de la realidad. Pensar lo contrario es aceptar un ídolo abominable. **Elie Wiesel**, judío de Transilvania deportado a Auschwitz y premio Nobel de la Paz, cuenta el momento escalofriante en que fueron convocados a la plaza del campo para presenciar el ahorcamiento de tres prisioneros; uno de ellos era **Pipel**, un niño de ojos tristes. Al pasarles el verdugo el nudo corredizo por el cuello, gritaron «viva la libertad», mientras el pequeño no decía nada. «Pero, ¿dónde está Dios?», se preguntó alguien detrás de mí. A una señal del jefe del campo, las sillas se derribaron... De nuevo volví a oír la misma voz preguntando: «pero, ¿dónde está Dios? Entonces sentí que una voz dentro de mí respondía: '¿que dónde está Dios? Está ahí colgado en el patíbulo'».

La cruz rompe la imagen convencional de

Dios, como el sufrimiento cuestiona radicalmente la racionalidad optimista de la modernidad. La mediación de Dios en la Historia no es el poder, ni ningún tipo de signos milagrosos, ni fuerza institucional ninguna. La cruz denuncia todos los absolutos y significa el ocultamiento histórico de Dios. Pero es, al mismo tiempo, la memoria imprescriptible de todas las víctimas; es el aguijón para que el futuro no sea la prolongación del presente que es siempre obra de los vencedores; es el recuerdo, movilizador e inquietante, de los derechos no saldados de las víctimas, a las que no podemos dejar caer en el olvido ni cejar para que se les haga justicia. Parafraseando libremente al filósofo judío **Levinas**, podemos decir que la muerte del Dios todopoderoso echa sobre las espaldas del hombre la tarea de hacerse cargo de las injusticias del mundo.

La cruz de Jesús es consecuencia del fanatismo y de la legitimación religiosa de la violencia y, por eso, su denuncia más radical. En el discurso público lo que valen son los argumentos y análisis basados en la racionalidad compartida. Pero creer en el Dios débil del crucificado nos sitúa en la realidad de una forma específica: nos enseña a ver el mundo desde los crucificados y nos impide pasar de largo por su lado. Es decir, nos hace críticos con el darwinismo social, que considera inevitable que la vida privilegiada de unos pocos se asiente sobre la pirámide del sacrificio de los muchos.

Cuando **Job** se debate en medio de sus múltiples desgracias, un grupo de amigos acude con explicaciones y consuelos teológicos. Pero el mismo Dios de la Biblia se irrita ante tanta palabrería hueca y falsa, y valora el clamor dolorido y desconcertado de Job. En la sociedad de Irak, de Palestina, de las víctimas de ETA, de la exclusión social, la teología es, ante todo, un cuestionamiento permanente, la vigía de la memoria de los derechos pendientes, un clamor por la justicia. El teólogo formula preguntas humanamente imprescriptibles aunque el filósofo no encuentre respuestas para ellas. Ante los crucificados no cabe la resignación ni el olvido, sino la rebeldía, la lucha y la esperanza. Pero el teólogo añade que, quizá, lo más importante en la vida no se conquista, sino que se descubre, se recibe y acepta como un regalo inesperado y gratuito. Permítaseme acabar con una cita del libro mencionado del agnóstico Debray: «En nuestras sociedades centradas en el propio yo de cada cual, monjes y monjas representan, en medio de nuestras prisas ambiciosas y egoístas, los últimos rebeldes».

EL ANFITEATRO

El futuro de Irak

Ha comenzado en Nasiriya, bajo la presidencia del general estadounidense **Jay Garner**, la primera reunión de dirigentes iraquíes de dentro y de fuera del país para intentar la institucionalización del Estado iraquí tras la derrota y desaparición del régimen de Sadam Husein. El gran ausente de la reunión ha sido el protegido del Pentágono **Ahmed Chalabi**, presidente del Congreso Nacional Iraquí, un grupo disidente con sede en Londres, quien, pese a estar en Nasiriya, envió a un delegado a la reunión. Tanto la Casa Blanca como el Departamento del Estado han reconocido el carácter preliminar de esta reunión. En cualquier caso, si de lo que se trata es de fundar un régimen y de institucionalizar una nueva legalidad que reciba el reconocimiento internacional, no se entiende que las Naciones Unidas sean excluidas de este proceso.

Los vaivenes de Pujol

Aunque CiU se desmarcó desde el primer momento del Gobierno **Aznar** en la guerra contra Irak y en el frente común de toda la oposición, **Pujol**, en un resonante artículo publicado en *La Vanguardia* se manifestó notablemente cercano a las tesis del presidente del Gobierno. Ahora, el todavía presidente de la Generalitat ha criticado a Aznar en unas declaraciones a la emisora Catalunya Ràdio: según el líder catalanista, Aznar ha implicado a España en el apoyo a la guerra de Irak porque «cree que el orden mundial cambiará» y quiere aprovechar esta coyuntura «para que España pueda situarse en un puesto más alto, al nivel de Francia y Alemania», algo que a su juicio «no es posible».

Salvar el lince

Parece que al fin la Junta de Andalucía y el Gobierno del Estado, de signos políticos distintos, se han puesto de acuerdo en la elaboración de un plan para poner en marcha la cría del lince ibérico en cautividad, una especie de seguro de vida ante el creciente riesgo de extinción de esta especie, cada vez más amenazada y con menos ejemplares en libertad. El plan, negociado por la ministra de Medio Ambiente, Elvira Rodríguez, y por la consejera andaluza de la misma especialidad, Fuensanta Coves, pretende contar con doce animales *fundadores* en las instalaciones de El Acebuche, en el Parque Nacional de Doñana. De momento, y gracias al mencionado acuerdo, el Ministerio aportará 3,6 millones de euros y la Junta de Andalucía